

(CHRISTIAN FERRER)

MAL DE OJO

EL DRAMA
DE LA MIRADA



Puñaladas
ENSAYOS DE PUNTA

COLIHUE

Libros para incidir.

Relámpago de ideas sobre un cuerpo, deseo de abrir fisuras en el debate argentino.



Las industrias informáticas, mediáticas y del confort son las avanzadas desplegadas por la movilización técnica del mundo: es la experiencia de un dominio del poder químicamente puro. La sensibilidad y el imaginario tecnológicos que lo corresponden modelan el arsenal de maquinarias de nuestros paisajes urbanos a la vez que descalifican la crítica política y cultural. En el perímetro dominado por la alianza de hierro forjada entre las cadenas de televisión y los cableados informáticos germina un campo unificado de visión que transforma dramáticamente la fuente de la cual brotan imaginación y esperanza. Esas redes asumen la silueta de las víboras, pero los mitos asociados a ella son antiguos, tanto como el mal y el sufrimiento sembrados sobre la tierra.



EDICIONES COLIHUE

ISBN 950-561-174-8



9 789505 811746

CHRISTIAN FERRER

MAL DE OJO

EL DRAMA
DE LA MIRADA

Puñaladas

ENSAYOS DE PUNTA

COLIHUE

Director de colección: Horacio González

Diseño de colección: Lima + Roca

CHRISTIAN FERRER

MAL
DE OJO
DE LA MIRADA

© EDICIONES COLIHUE S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125 (1405) Buenos Aires - Argentina

I.S.B.N. 950-581-174-8

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

(PRÓLOGO)

*"La mente está tan cerca de sí misma
—que no ve claramente— y no tengo a
nadie a quien preguntar."*

EMILY DICKINSON

Este es un pequeño ensayo de índole personal sobre la violencia técnica que se descarga cotidianamente sobre las ciudades y sobre nuestros cuerpos, y más específicamente, es un ensayo sobre la violencia que ciertos sistemas de luz ejercen sobre el sentido de la vista. "Personal" quiere decir que no se ha pretendido acuñar conceptos ni promover una "teoría" sino apenas meditar, quizás impacientemente, sobre acontecimientos que no puedo sino percibir como nudos gordianos. Y aunque a cada interpretación ofrecida sobre esos problemas pueda sonsacársele un dejo de insolubilidad, nadie puede sustraerse a la necesidad de orientarse a través de su actual y jeroglífica implantación. Gran parte de los temas aquí tratados sólo tienen un valor "fechado": se refieren a rutilancias ocasionales —la computadora, las variadas pantallas, el satélite artificial, la cámara de vigilancia— a los cuales no puedo sino contemplar como a fósiles, tal como hoy re-

memoramos al praxinoscopio, la máquina de vapor o el transatlántico y no precisamente porque hayan sido meras bisagras de un despliegue sino porque la dinámica del futuro es absurda. Pero con la aproximación excesiva a la novedad también la escritura adquiere fecha de caducidad: es el destino de los discursos que salen al cruce. De todos modos, el propósito central del ensayo no consiste en realizar una crítica de la televisión o —siguiendo los relevos evolutivos y obligados de la actualidad— de Internet, si es que por crítica se entiende *hablar mal* de procesos o acontecimientos que no nos atañerían en los más mínimo o con los cuales se mantienen ambiguos impulsos del deseo. Ni mucho menos se trata aquí de criticar la programación televisiva actual en aras de la futura o a los beneficios o maleficios asociables a las tecnologías de la comunicación. Tratar de comprender el proceso técnico es un movimiento emocional que adviene más allá del rechazo indignado o la aceptación excitada, a menudo dobles uno de la otra. Y cualquier espíritu libre ha de plantearse, antes que nada, eludir el chantaje de tener que pronunciarse a favor o en contra: la democracia, el mercado, la globalización son hoy polos positivos de esa puja como antes lo fueron el racionalismo, el leninismo y la planificación estatal. El fullero reparte nuevas cartas sobre la mesa pero la baraja es la misma.

Lo que aquí se entenderá por técnica es algo bastante poco "técnico" y algo a lo que un técnico en sentido estricto —aún si fuera un intelectual que se coloque en esa posición— difícilmente podría aten-

der. Me interesa proponer a las redes mediáticas e informáticas como orientadoras de la visión y como voluntades de poder que pretenden instaurar una matriz total al interior de la cual un modo de pensar y de vivir queda enmarcado y desde la cual el mundo se expone *ante* nosotros. Creo que a la vista pueden serle restituidas capacidades visionarias que son continuamente escamoteadas por su acostumbramiento a las operaciones perceptivas rutinarias. Quien vuelva la vista atrás hacia el arco voltaico del surrealismo vislumbrará este mismo problema. La pregunta por el sentido de la vista no se resuelve con el análisis de las operaciones sociales que la recubren y la engarzan. La luz —como lo sombrío— puede conducir al misterio y no solamente a la transparencia. También ese es un privilegio de la vista, y meditar con los ojos cerrados es también un modo de ver. La única ambición de este ensayo consiste en señalar un problema, y para ello se despliegan una serie de tentativas, de tanteos de la escritura, que vuelven una y otra vez a recorrer el mismo tema —obsesivamente, como en una fuga musical. El tono es, demasiado a menudo, tajante. Ello demuestra el grado en que me he empeñado en persistir en un ensayo malogrado.

No participo de la creencia en una historia evolutiva de la técnica. En general, no participo de las conjeturas sobre la evolución de nada, sin excluir la condición moral y genética del ser humano. No creo que ahora sepamos más que antes: todo nuevo conocimiento apenas puede aumentar nuestro estado de perplejidad y abandono, porque el saber no tiene

como misión descubrir o demostrar nada sino evidenciar nuestra condición. Las teorías evolutivas se sostienen, contra todas las abundantes contrapruebas, en un artículo de fe que es presupuesto y apotegma: *el progreso*, ese futuro rotativo que aplasta y arrolla a sus propias promesas. Aún más, constituye la demostración de que el tiempo es vivido en vano, como sucesión y no como secesión, como marcha escalafonaria y no como cesantía, es decir, como demora en donde podría advenir la experiencia extática de un tiempo. Pero quizás yo escriba estas cosas no tanto para promover otros modelos de temporalidad y de pensamiento, sino por apego a Casandra, cuya figura mitológica y lenguaje apenas audible quizás aún nos conciernan. Creo que en todo ensayo, y también en toda teoría, se expresa una dimensión oracular, que no remite tanto a la figura de la profecía sino a la advertencia, al señalamiento de un mal síntoma cuya feracidad lo transforma en sintomatología de un mal. No es el horóscopo el objeto y objetivo del pensamiento, sino el desentrañamiento de los signos confusos que el actual acontecer —espacio délfico, mudo aunque elocuente— dispersa. El optimismo progresista, en cambio, se nos presenta como una "extraña mercancía psicológica" —así lo definió Rafael Sánchez Ferlosio— que a la boca del augur hace a un lado. Pero el necio paga cara su osadía cuando no se está a la altura de la peripecia y el obstáculo. En fin, hablar impopularmente y en el momento del goce triunfal de un modelo de administración de la vida nunca ha sido considerado un bien lingüístico, pues el festejo excluye necesaria-

mente al preanuncio funesto. A modo de ejemplo, la nueva metáfora al uso de la "navegación" —un monólogo machacón— no considera la posibilidad cognitiva del naufragio, del mismo modo que en una época anterior las academias y sistemas de pensamiento no incluían en su maqueta la posibilidad del desplome de su columnata. Pero el eclipse de una certeza bien podría ser la antesala de la iluminación momentánea de la mirada desguarnecida. El paso siguiente no estaría dado por el agenciamiento de una nueva certidumbre sino por el desapego de todos los pensamiento de época: es el único modo de oír mejor. Quien remonte el árbol genealógico de Casandra se encontrará con la Sibila, cuyo farfullar requería de oyentes atentos. ¿Quién quiere escuchar hoy imperceptibles advertencias de raigambre helénica? A quien le fastidien las metáforas extraídas de la cultura clásica puede dirigir su atención al hundimiento del Titanic: también él partió con la marcha impetuosa y pesada de los Titanes. Y ya es significativo que la tragedia de aquel transatlántico, que nutriera la imaginación de la mitad del siglo XX, no pudiera ser sustituida y superada en nivel de alarma por sus actuales equivalentes, las explosiones del Challenger y de Chernobyl, a las cuales la presión centrípeta que ejerce la "actualidad" disolvió bajo la especie remota del "accidente" —incidente, entonces. Ya esto señala la degradación de un instinto moral, al cual siempre hay que estar resguardándolo de los moralistas de fin de semana. En efecto, nada hay más dafino para el desentrañamiento de la época técnica que la insistente recurrencia a vaivenes

contrastantes del estilo nostalgia e ilusión, pesimismo y optimismo, rechazo y euforia. El giro que sería preciso dar en y sobre el espacio del lenguaje cotidiano y en y sobre la temporalidad del presente no pertenece al orden de los opuestos morales que despliega la época sino al de la predisposición a resguardar y pensar aquello que sin previo aviso evidencia la condición de eso que nos impone condiciones. Entre otros motivos porque la técnica es un modo lingüístico y rutinario de tratar a los hombres y a sus bienes.

En todo caso, opté por escribir un ensayo en una época en que argonautas de bolsillo prefieren arrosstrar líquidos bastante menos "electrizantes" que los del viejo océano. Un libro es una fragata tan buena como la mejor. En ellos se naufraga a menudo cuando se acepta que la Odisea es peripecia posible. Pero de toda lectura emergemos como sobrevivientes, y la resaca no le niega a nadie una reliquia. Este ensayo ha sido escrito a partir de la borra que en la memoria han depositado lo que se ha leído en los márgenes de los libros, lo que se ha escuchado en el aire de las conversaciones y lo que se ha visto mientras se andaba por las calles. *Residua*: limaduras y virutas de saber que la mente no puede digerir del todo y que supuran por el ojo y la boca como imágenes entomológicas o espectrales. Son postales de una guerra invisible y el recuento atento de sus bajas. Todo acontecimiento histórico y todo acto humano son capturados según la mirada que ha sido macerada por la experiencia biográfica e intelectual. Hay muchas formas de mirar. No son iguales las miradas

del cazador y la de la presa. Ni son parecidos los anteojos del auditor y los de la audiencia, ni la mirada serena y la exaltada. Este ensayo señala una elección. A las composiciones pictóricas que se despliegan en multitud de puertas se las conoce como "polípticos". Una figura geométrica de esta suerte encubre los acontecimientos cotidianos y a la época entera. Cada cual comienza a abrir el conjunto por el lado que mejor conviene a su mirada. Las puertas que yo he abierto son miniaturas, fotografías forenses, fotogramas dispersos de una película que no sé montar; quizás sean solamente algunos *impromptus*. Lo que ilumina a estas miniaturas es una suerte de panteísmo salvaje: son visiones en fuga de la teoría. De modo que no se encontrará aquí una teoría de la ciudad informacional ni de las redes mediáticas o de la percepción visual sino la disposición anímica a meditar sobre ellas y a extraer de la observación algunas conclusiones, ideas sueltas, es decir, intuiciones conceptuales a las que se ha dejado enrosca libremente sobre un problema. Este ensayo es sólo un prólogo, como lo es en verdad todo pensamiento. He trabajado con detalles históricos borrosos y con objetos cotidianos evidentes: con la historia olvidada de los ludditas y con la actualidad agresiva de las redes mediático-informáticas, con la incorporación acrítica de ciertos procesos técnicos a la ciudad y con la actualización de las técnicas de la vigilancia social. Podría haber optado por otra configuración de elementos y hubiera llegado al mismo lugar: a la mirada con que se descarna la propia experiencia biográfica.

— Todos los temas que se recorren en este ensayo han sido conversados con los alumnos de mi Seminario de Filosofía del Lenguaje y con los integrantes de la cátedra de Patricia Terrero, ambos de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. La cátedra incluye a Lucila Schonfeld, Estela Schindel, Daniel Mundo, Flavia Costa, Claudia Kozak, Daniel Butti y Claudia Feld. Detalles significativos y ayudas importantes fueron brindados por Tomás Abraham, Carlos Gioiosa, Viviana Alonso, Gustavo Varela, Rodrigo Molina Zavalía y Javier Fernández Miguez. La confianza y la paciencia de Aurelio Narvaja le han dado a este ensayo un dubitativo punto final.

— El pensamiento sobre la técnica es uno de los más urgentes y más arduos. Si alguna huella fue en este libro hollada con confianza es porque allí encontraba las de Héctor Schmucler. Al estímulo y amparo amistoso de Horacio González adeuda este ensayo su respiración.